
PENITENCIA

Elsa Efigenia Vásquez Rodríguez



*Para Marleny
Para Richard*

Omi, el más joven de los monjes que habían llegado al Santuario bajo la última helada, limpiaba con cuidado las uniones de las tablas del Templo. Su túnica, recogida en la cintura por el cordón que la ceñía, dejaba ver unas piernas fuertes y redondas, casi lampiñas, que terminaban en unos tobillos rosados por el esfuerzo. Las sandalias nuevas apretaban hoy con mayor rigor sus pies, de por sí regordetes y anchos, marcándole la piel hasta el punto de casi encarnarse en ellos.

Sentía el cansancio en su espalda encorvada y los riñones le ardían como si estuvieran sobre el brasero de la cocina. Los dedos entumecidos se empecinaban en su labor y desde hacía rato habían dejado de dolerle, como si la intensidad del delicado esfuerzo hubiera pasado a los huesos, a la sangre, a su cerebro, hasta aceptar el dolor con la dulce complacencia de quien acepta un defecto.

Si Omi pudiera verse, tal vez recordaría el día en que, imitando al padre, amasaba ladrillos de barro para la casa de la nueva aldea en la que se asentaron, buscando refugio tras las persecuciones de los soldados imperiales. Omi sudaba esa mañana, sin una conciencia clara de lo que hacía, sin la imagen del hogar que el hombre a su lado no dejaba de traer a la memoria una y otra vez, como las imágenes de un sueño que no da descanso.

El niño, en cambio, recordaba el olor del buey que la noche anterior había arrastrado el carro con las pocas pertenencias, a lo largo de las estrechas calles de Shin-Li; las miradas que se adivinaban a hurtadillas tras los postigos de las ventanas; la humedad de los campos de arroz cuyo vaho frío impregnaba los músculos y los huesos; la altura imponente del padre a la cabeza de la pequeña caravana.

La casa estaba casi terminada. Omi tomó la carretilla y bajó hasta el río a buscar el barro que hacía falta. Iba contento: esta noche brillaría el fuego que calentaría el interior. Ya no tendrían que preocuparse por la cercanía del invierno.

El río corría suavemente y la brisa refrescaba las mejillas del pequeño mientras, con la ayuda de dos trozos de madera, llenaba la carreta, hundidos los pies en la tierra húmeda y blanda. Cómo resistirse al murmullo del agua... Omi sabía que su padre lo esperaba: había prometido dejar que él imprimiera la huella de sus manos en la última capa de barro, a la entrada de la casa, así los espíritus buenos conducirían sus sueños durante la noche, y los malos no entrarían en el día pues sentirían el temor que imprimen los espíritus de carne. Pero cómo resistirse al murmullo del agua... Se desnudó rápidamente y con facilidad ganó la otra orilla. Sumergido, vio cómo los peces mordían las raíces de los juncos sin inquietarse por su presencia, y Omi alargó la mano para tocar ese limo suave y ondulante que no se oponía al beso de sus manos.



De repente, el agua se enturbió y los peces se dispersaron en segundos. Un ruido sordo, como de maderas precipitándose al vacío, llenó los oídos de Omi y llegó a sus pulmones obligándolo a sacar la cabeza. Los caballos relinchaban, quizá agradecidos por el fresco del agua, pero a los ojos del niño las bestias tenían la misma sonrisa furiosa de los soldados que las montaban. Asustado, Omi se ocultó entre los juncos guardando la respiración. Los rojos trajes de ribetes amarillos, brillaban acariciados por el sol que lentamente se ocultaba tras las montañas. Hermosos, los soldados imperiales contenían las riendas con gran fuerza, temerosos de caer al agua en un movimiento brusco del caballo. El que llevaba el estandarte, casi un niño, se balanceaba cómicamente, muy parecido al muñeco de equilibrio que Omi había tenido que dejar cuando los soldados aparecieron por prime-

ra vez. Omi los vio alejarse y la última imagen, antes de bordear el lecho del río que conducía hacia su nueva casa, fue la figura del portaestandarte que aún no lograba la dignidad y fiereza de sus compañeros más viejos.

Regresó lentamente, seguro de lo que encontraría. La carreta con el barro húmedo y oloroso, parecía ahora inútil, insultante, casi cómica: Omi dejó caer el barro sobre los escombros de la casa que con toda seguridad no ofreció resistencia a los fuertes brazos imperiales. Su padre tampoco. Maniatado, asistió impotente a la decapitación del buey, violencia inútil que acentuó mucho más la crueldad de la espada.

Omi se sorprendía de que por sus mejillas no corrieran lágrimas a pesar del profundo dolor que le oprimía el pecho. Poniéndose la camisa que todavía empuñaba, Omi miró las huellas de los cascos y se alejó en sentido contrario. Tímidas luces se encendían ya en algunas casas. Una sombra corrió hacia el niño sin que él la notara y torpemente puso sobre sus hombros una manta raída pero limpia, para volver de nuevo a la nada de donde había salido. Omi no se detuvo, y no sería sino hasta su salida de Shin-Li, en el cruce de dos caminos, cuando Omi, en silencio, agradecería ese calor artificial y bueno. Se abrigó fuertemente, como si cayera en una abrazo, y eligió el camino de la derecha.

II

Desde su celda, el joven Omi miraba caer la lluvia, lenta y suave. Las hojas del árbol temblaban bajo el peso mineral del agua. Des-

de hacía años había aprendido a olvidarse de sí mismo, concentrándose en puntos nimios, vacíos de contenido, solitarios. No pensaba entonces; sólo miraba la lluvia caer.

Los monjes lo habían encontrado tiritando de frío bajo una pesada manta que ya no podía absorber más agua. No se veía temeroso ni agresivo: había tanta soledad en su rostro que no daba cabida para nada más. El maestro extendió su mano, y Omi tomó la manga naranja que, sin querer, le recordó el amarillo de los soldados imperiales.

Qué lejos quedaban ahora esos días. La lluvia caía sobre el Santuario, sobre las ramas y las hojas que Omi había mirado tantas veces y siempre como la primera vez. Pero otra vida ocupó sus ojos: una ardilla bajó nerviosa, y rápidamente tomó una semilla madura. Los ojos de Omi la siguieron ramas arriba para ver el tributo que le dispensaba a su compañera. Segundos después, sus narices se calentaban una contra la otra para luego correr juntas -narices y ardillas- hasta el nicho del árbol que guardó sus movimientos de los ojos del muchacho.

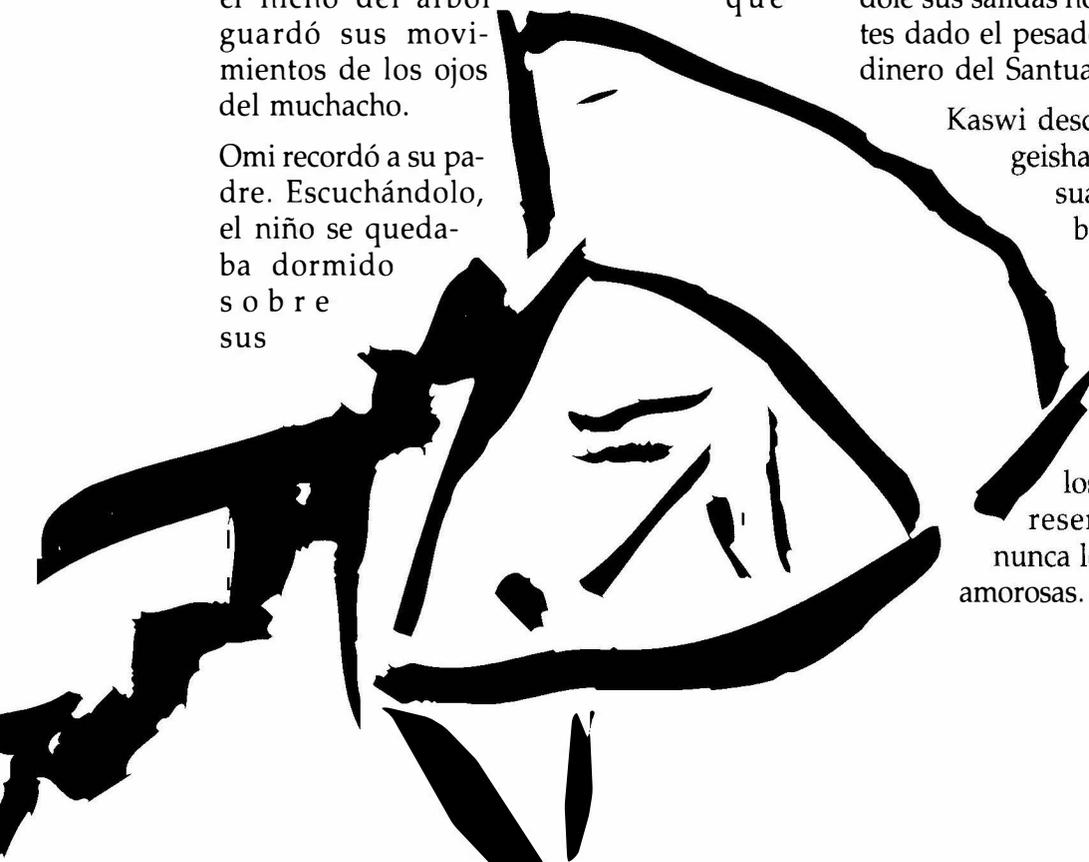
Omi recordó a su padre. Escuchándolo, el niño se quedaba dormido sobre sus

piernas, con la tranquila seguridad de que él lo llevaría a su jergón, arrojándolo tras la inconciencia del sueño. Su padre no se cansaba de repetir, ni el niño de escuchar, la historia de su nacimiento, la magia de su concepción. «La madre fue la tierra -le decía-; en ella sembré una semilla que ahora tiene tus ojos. Tierra y mujer son la misma, Omi. Tierra, madre y mujer, amada y arada para que tú nacieras, espiga de mi arado, árbol de mi fuerza, fruto de mis labios». Y cantaba hasta el sueño de su hijo: «Fruto de mis labios, fruto de mis labios, fruto de mis labios, sagrado fruto de mis labios», terminaba siempre.

III

Kaswi era el mejor amigo de Omi. Tres años mayor, era un joven apuesto, alto, de ojos penetrantes y sonrisa imperiosa que brillaba más que su cabeza rasurada. Omi era su confidente, con el que se recreaba detallándole sus salidas nocturnas, bastante frecuentes dado el pesado sueño del portero y jardinero del Santuario.

Kaswi describía los bordados de las geishas, sus vestidos de seda, tan suaves al tacto, sus labios dibujados a manera de pétalos de ciruelo, sus tibios pies domeñados desde la infancia, acariciando la entrepierna de los amantes. Omi escuchaba y se sentía un niño en los relatos de Kaswi, un poco resentido con el amigo que nunca lo invitaba a sus escapadas amorosas.



Hasta que un día cobró valor. Omi quería arar la tierra como su padre, Omi quería sentir el sabor de la seda entre sus dientes, Omi quería el sagrado fruto de sus propios labios.

Sin embargo, no era fácil: hacía apenas una semana que había aceptado sus votos, después de los años que le había tomado comprender y amar la muerte de su padre, la brutalidad de los soldados, la crueldad del Imperio, segunda cara de la moneda de la que él, ahora, constituía el otro lado. Imperio y Santuario eran uno solo: lo había aprendido en el Monasterio con el ejemplo del maestro. Mujer y tierra eran una sola: lo había aprendido de su padre, y ahora lo comprobaba con su infiel amigo que noche a noche quebraba sus votos para dejar su semilla en la infértil tierra.

IV

La joven servía el té al rollizo monje. El silencio dejaba oír el viento que golpeaba contra las paredes de papel. Tenues sombras se adivinaban afuera y Omi sentía su corazón en las sienes, mientras mantenía, sin saberlo, una sonrisa tímida en sus labios. La taza le calentaba las manos que poco a poco dejaban de temblar. La joven pasó sus dedos por el rostro de Omi, cerrando los ojos. Jugaba a ser la pordiosera ciega, segura de recibir una limosna de los ojos afortunados. Omi se dejaba acariciar apoyando firmemente sus manos en la estera. Sin darse cuenta, apartando sus

temores, descubrió los pies de la mujer y se inclinó para besarlos, pies de tierra, pies de mujer, pies sagrados en donde comenzaba todo y todo terminaba, pies de amor y devoción, heredados de las historias ante el fuego, cuando el hogar era hogar, cuando el padre era Dios.

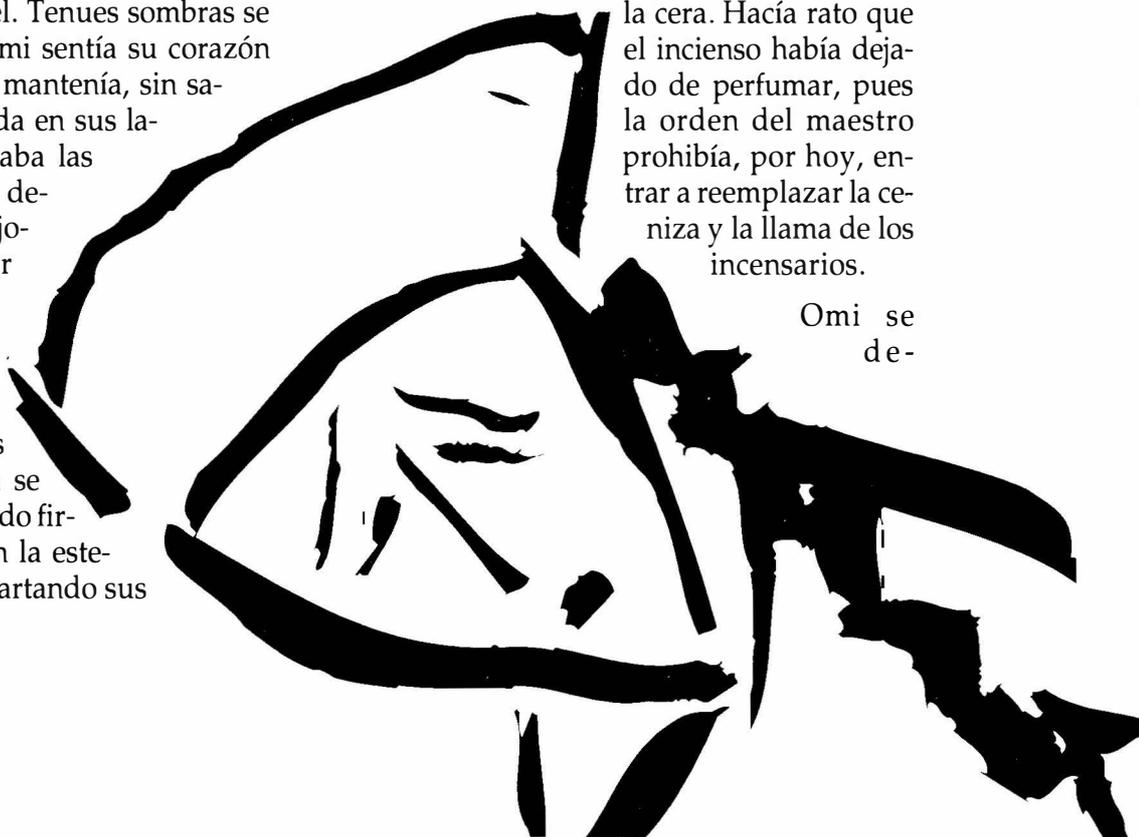
No supo cuándo el maestro rasgó el papel de arroz. Las sombras exteriores se hicieron carne y unos brazos fuertes y compasivos lo levantaron en vilo. Uno de los hombres era Kaswi, el que más afectuosamente apretaba su brazo, el más hermoso, el que llevaba el estandarte del Monasterio, cuidando de cubrir con él el rostro de Omi, enrojecido por la vergüenza.

V

Faltaba poco para que Omi terminara de cumplir su penitencia. La noche entraba por la puerta del Templo y la llama de las velas del día

temblaban próximas a la cera. Hacía rato que el incienso había dejado de perfumar, pues la orden del maestro prohibía, por hoy, entrar a reemplazar la ceniza y la llama de los incensarios.

Omi se de-



tuvo un momento para ver su trabajo: las tablas brillaban en la penumbra y se sentían tenues bajo sus cansados dedos. Llegó por fin al final. Sólo faltaban las tablillas que sostenían al Buda que, silencioso e imponente, desde la madrugada había vigilado su trabajo. Omi estiró los dedos, seguro de terminar antes del toque para ir a dormir. De rodillas todavía, echó para atrás su cuerpo y oyó traquear la espalda agradecida.

Apoyó su mano izquierda sobre el piso de la tarima y sin querer tocó los pies de Buda, limpios y perfectos, marmóreos, suaves a su tacto. Omi se dobló de nuevo y besó los pies de Dios, desnudos y sagrados, a los que no cubría ningún vestido. La brisa llegó de alguna parte y acarició el rostro del joven monje, refrescándolo. Omi sonrió: antes del toque de campana ya estaría dormido.

